

más voluntad que la mía !
Nunca al miedo me rendí...

(A las cautivas, que tiemblan.)

Cautivas, libres estáis...

(Mostrando fieramente el pecho a las espadas de los rebeldes.)

¡ Y a ver, moriscos, si osáis
hacer armas contra mí !...

(Los amotinados van retrocediendo. Algunos envainan los alfanjes.)

Todo el peso de mi ley
os haré sentir ahora...

(Se vuelve y le da galantemente la mano a doña Isabel.)

¡ Mi mano tomad, señora !...

(Con imperio, a los amotinados.)

¡ Abrid paso a vuestro rey !

(Los rebeldes, dominados por su actitud, se inclinan ante Aben-Humeya, dejándole el paso libre y agrupándose temerosamente en el fondo. Desfila la comitiva. Primero doña Isabel y Aben-Humeya, y tras ellos, entre dos filas de arcabuceros, las cautivas. Mientras resuenan añafles y tambores descende lentamente el telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

Salón del palacio de Aben-Humeya, en Laujar. Al fondo, un amplio arco de herradura que da a un mirador, por cuyos calados ajimeces penetra la marmórea claridad del plenilunio. A la izquierda, una puerta. A la derecha, el alhamí real, cuyo arco de entrada cubre un rico tapiz de oriente. En el segundo término, otra puerta. Divanes con almohadones bordados. Alcatifas fastuosas. Pebeteros en los ángulos. Lámparas moriscas.

ESCENA PRIMERA

ABEN-HUMEYA, reclinado en un diván, cerca del alhamí. ZORAIDA, tañendo un laúd, al lado de Aben-Humeya. Esclavas, que acompañan la danza golpeando los panderos. ZAHARA, apoyada en el arco del mirador, palpitante de inquietud, como espiondo en la noche algo que espera.

HUMEYA (Profundamente conmovido, como si el canto despertase en el fondo de su alma toda la amargura de su amor perdido.)

¡ Calla, calla esa canción
tan honda y tan dolorida !...

¿ No ves que al tocar la herida
aun sangra mi corazón ?

¡ Tal tristeza en mí levanta
y tales sueños me evoca,

que parece que la canta
mi corazón por tu boca !...

¡ Arranca sólo al laúd
dulces y amantes sonidos

que suspendan mis sentidos
y alegren mi juventud !

(Zoraida suspende la música. Aben-Humeya perma-

nece un instante con la cabeza entre las manos profundamente abatido. Las danzarinas dejan de bailar. Aben-Humeya hace un esfuerzo para olvidar y aturdirse de nuevo. Levanta la vista buscando a Zahara.)
¿Dónde estás, Zahara?

ZAHARA

(Estremeciéndose al oír su nombre.)

...Aquí,

mi señor...

HUMEYA

(Incorporándose.) ¿Pero qué hacías?

(Zahara se aproxima lentamente, como si temiera su mirada.)

¿Qué te pasa, que hace días andas huyendo de mí?

¡Si te busca la mirada te encuentro siempre cubierta

en tu almaizal, apostada tras el tapiz de un puerta,

o cruzando tan ligera

por mis floridos jardines,

cual si a tus plantas ciñera

el silencio sus chapines!

Tiemblas si el labio te nombra;

a mi alrededor te veo

como una fiera en ojeo

agazapada en la sombra...

(Aproximándose y cambiando de tono.)

Tu voz tiene tal hechizo que nos transporta al Edén...

¿Qué pena enmudecer hizo al rui señor de mi harén?

ZAHARA

(Con voz sorda.)

Preso en mis recuerdos vivo; mis ojos cegó el dolor...

HUMEYA

¡Rui señor ciego y cautivo

es el que canta mejor!

¡Vuelve de nuevo a cantar

y tus recuerdos olvida,

porque es preciso en la vida

olvidar... y perdonar!

ZAHARA

(Con intención.)

En lo que pidas, tu sierva te complacerá sumisa,

humilde, como la hierba que perfuma a quien la pisa.
¡Mas ¡ay!, en mi corazón, como a traición lo han herido, no hay sitio para el olvido ni lugar para el perdón!

ESCENA II

Dichos y EL HABAQUÍ, que aparece por la puerta de la derecha.

HABAQUÍ

(Inclinándose al entrar.)

¡Perdona, señor, si vengo a importunarte!...

HUMEYA

(Recobrando su imperio.) ¿Qué pasa?

¿Mi guardia de arcabuceros

con el rumor de sus cajas

ya atruena el valle, y despierta

los ecos de esas montañas?...

HABAQUÍ

A hablarte de eso venía...

Aun no ha llegado tu guardia,

y, por más que en ello pienso,

no me explico su tardanza.

(Zahara sigue atentamente el diálogo. De cuando en cuando se levanta, se asoma al ajimez y observa.)

HUMEYA

¿No le enviaste las órdenes

al capitán que la manda?

HABAQUÍ

¿Cuándo dejó de cumplirse

orden que por ti fué dada?

¡Entregó mi propia mano

los pliegos, esta mañana,

al soldado más leal

de los que en esta campaña

vertieron su sangre, bajo

las banderas de Granada!

Antes que la clara luna

esos valles plateara,

desfilas, señor, debieron

los soldados de tu guardia

delante de los floridos

ajimeces de tu alcázar.
¡Ya es más de la media noche,
y aun no anuncian su llegada,
en las cumbres, las hogueras
de las rojas atalayas!...

¡Y ve, señor, que el lugar
desguarnecido se halla!

Precaución hay que tener. (Con misterio.)

HUMEYA

Estando lejos de aquí
los cristianos, Habaquí,
¿de quién vamos a temer?

HABAQUÍ

Si yo reinase, señor,
mucho más que a los cristianos
temiese a nuestros hermanos...
Es más temible el traidor
que en nuestra tienda se esconde,
y para herirnos procura
el sitio indefenso, donde
deja un hueco la armadura,
que el enemigo valiente
que en la contienda empeñada
hunde hasta el pomo, de frente,
en nuestro pecho su espada.

HUMEYA

(Pensativo.)

¡Tú piensas que pueda haber
algún peligro!...

HABAQUÍ

¡Lo creo,
porque hace tiempo que veo
lo que no quisiera ver!
Desde que les diste suelta
a la cautivas, la gente
murmura y anda revuelta,
y prevenirse es prudente...
En público y sin rebozo
se atreven a declarar
que eres demasiado mozo
y blando para reinar;
que al cristiano nos engaña
tu ambición, y que prefieres
el lecho de tus mujeres
a la tienda de campaña,
y las músicas sutiles

de la guzla, a los clamores
de los roncós atambores
y los rudos añafiles!...

Cree, señor, a mi lealtad...

HUMEYA

(Como si una sospecha repentina lo asaltase.)

¿Pero sospechas de alguno?...

¡Habla pronto!

HABAQUÍ

¡En puridad,
de todos y de ninguno!...
La traición no tiene nombres...

HUMEYA

¿Y en qué te fundas?...

HABAQUÍ

¡Me fundo
en que yo conozco el mundo
y el corazón de los hombres!

HUMEYA

(Queriendo disipar sus temores, pero dejando tras-
lucir las preocupaciones que le causan.)

¡Calma tu imaginación,
que esos temores que expresas
tan sólo recelos son
del amor que me profesas!

¡Reposa, hasta que en Oriente
el sol de nuevo rutila,
y que el Partal con su gente
estos contornos vigile,

que aun antes que los luceros
se extingan, verás entrar
mis bravos arcabuceros
a guarnecer el lugar!...

¡No pases por mí cuidados
y a dormir tranquilo vé!

HABAQUÍ

(Queriendo oponerse.)

¿Y tu alcázar sin soldados
esta noche dejaré?...

HUMEYA

(Con imperio.)

¡Parte tranquilo de aquí!...

¡De tus temores me río,

Habaquí, porque confío
en Dios... y después en mí!

(El Habaquí se inclina y sale por la derecha.)

ESCENA III

Dichos, menos El Habaquí.

HUMEYA

(Pensativo, viendo alejarse al Habaquí.)
¡ Cuando estaba más contento
vuelve mi dicha a turbar
un vago presentimiento,
y algo inexorable siento
que está próximo a llegar !

(Pequeña pausa.)

¡ Tiene el Habaquí razón ;
en esta dura campaña,
más enemigos que España
nuestras mismas gentes son !
¡ Nadie cumple su deber,
y aun antes que a los cristianos,
a nuestros propios hermanos
tendremos que someter !

(Volviéndose a las esclavas.)

¡ Avivad el pebetero ;
matad las luces, que quiero
retirarme a descansar,
si descanso puede hallar
la incertidumbre en que muero !

(Las esclavas cumplen las ordenes.)

ZAHARA
ZORAIDA

¡ Ya está la luz apagada !
(Insinuante.)
¿ Nada anhela vuestro amor
de nosotras ?

HUMEYA

(Señalándoles la puerta de la derecha.)

¡ Idos, nada !

(Desaparece por el arco del alhamí.)

ZORAIDA

(Al salir.)
¡ Que el cielo os guarde, señor !
(Se inclinan profundamente y salen. Sólo Zahara
permanece en el ángulo, inmóvil, como confundida
en la sombra.)

ESCENA IV

ZAHARA.

(Al salir Aben-Humeya, Zahara le sigue ansiosamente con los ojos, como si quisiera decirle algo, pero al ver que él desaparece sin mirarla, queda inmóvil, y sobre la ansiedad de su rostro pone su máscara el rencor.)

¡ Ni siquiera una mirada
al salir !... ¡ Ni una siquiera !...

(Baja un instante la cabeza en el anonadamiento de su esperanza. Después se yergue amenazante.)

¡ Su muerte está decretada !...

(Silencio angustioso. Después se agita en un ademán de protesta. Con voz que parece escapada del fondo de sus entrañas.)

¡ Pero no quiero que muera !

(Avanza resuelta, como arrastrada por una fuerza oculta, superior a su voluntad, hasta el alhamí.)

¡ Voy a salvarle !

(Con voz sorda, cerca del arco.) ¡ Señor !

(Retrocede de nuevo, sintiendo renacer en su alma todo el rencor oculto de sus celos. Como si se increpase a sí misma.)

Mas ¿ qué le vas a decir,
si, aunque le salve tu amor,
tus celos le harán morir ?

(Como si en su interior luchasen desesperadamente las más encontradas pasiones. Poniéndose las manos en la boca, cual si quisiera ahogar en sus palabras sus propios sentimientos.)

¡ Alma, tu piedad sofoca !...

¡ Celos, dadme vuestra ayuda,
y haced que se torne muda,
para la piedad, mi boca !

(Golpeándose violentamente el pecho.)

¡ Corazón, calla tu mengua !...

¡ Para obligarte a callar,
yo misma voy a cortar

entre mis dientes, tu lengua!

(Pequeña pausa. Se dirige lentamente al mirador.)

¡Aun en la blanca cimera
del Almírez no se advierte
el resplandor de la hoguera
que me anunciará su muerte!

(Estremeciéndose, como si cada latido del corazón
fuese un siglo de inquietud.)

¿No vendrán?... ¡Ay! ¿Por qué tardas
hoguera, tanto en arder?

(En un arranque de desesperada ansiedad.)

¡Quién te pudiera encender!...

(Cayendo de bruces sobre el mirador, como si su
corazón estallase en sollozos.)

¡Pero, no!... ¡Pero no ardas,
que arder no te quiero ver!...

(Se queda un momento sollozando. De súbito se le-
vanta, queriendo sofocar su ternura con el recuerdo
de la rival odiada.)

¡Mas en vano el tiempo pierdo
de loca esperanza en pos,
que la sombra de un recuerdo
se interpone entre los dos!

(Como si a la evocación de la ausente despertasen
en su corazón, de nuevo, más hambrientos que nun-
ca, todos sus recuerdos.)

¡Venganza!... ¡No triunfará
de mi amor doña Isabel!

¡Que muera!...

(Se yergue en un gesto terrible de amenaza.)

¡Si! ¡Morirá,
aunque yo muera con él!...

(Cae de nuevo en un sollozo desesperado.)

¡Ojos que sólo soñasteis
para sus ojos vivir;
pobres ojos que mirasteis
bajo sus plantas morir
vuestra postrera esperanza,
y que aun llorais sus desvíos!...

¡Decid, decid, ojos míos,
si no es justa mi venganza!

(Como si un rayo de esperanza iluminase, de pron-
to, las tinieblas de su desesperación.)

Mas, ¡si él la diese al olvido,
y otra vez a mí volviera
más amante y más rendido!...

(Resuelta a salvarle.)

¡No quiero, Señor, que muera!...

¡Mas olvidar su traición
tampoco, cielos, podré!...

(La duda la estremece en una convulsión inaudita.)

¿Qué voy a hacer?... ¡No lo sé!...

¡Dímelo tú, corazón, (Desesperadamente.)
que sangras por doble herida!...

¡Corazón! ¿quién es más fuerte,
el amor, que grita:—; Vida!

o el odio, que ruge:—; Muerte!?

(Cae de nuevo sollozando. Después se serena un
poco y avanza resuelta hacia el alhamí. Tiende la
mano para alzar el tapiz, pero se detiene temblando
como espantada de sí misma.)

¡Y yo he podido forjar,
sin estallar de dolor,

la infamia que ha de acabar
con la vida de mi amor!...

¡Yo, que, de amor encendida,
por verle dichoso diera

toda mi sangre y mi vida!...

¡Y cien vidas si tuviera!

(Queda un momento sollozando en silencio, apo-
yada en el umbral de la puerta de la izquierda, me-
dio oculta por el tapiz que la cubre.)

ESCENA V

Dicha y ABEN-HUMEYA. (Este aparece por el arco del alhamí,
como perseguido por los fantasmas de sus propios pensamientos.)

HUMEYA

¡Qué terrible pesadilla
hirió mi imaginación!...

¡La frialdad de una cuchilla

traspasa mi corazón!...
 ¡Qué vida, Señor, qué vida!...
 ¡Estoy despierto, y aun siento
 como un dolor sordo y lento
 en el lugar de la herida!
 ¡Ay, siempre en el sueño ves,
 corazón, tu triste suerte,
 que no en vano el sueño es
 el espejo de la muerte!
 Nunca el destino abandona
 lo que en sus garras apresa;
 ni aun en sueños nos perdona...
 ¡Cuánto pesa una corona!...
 ¡Señor, Señor, cuánto pesa!

(Va hacia el ajimez y queda un instante contemplando la noche.)

Noche magnífica y clara,
 ¿qué guardarán para mí
 las estrellas?...

(Zahara se le acerca. Aben-Humeya se vuelve sobresaltado.)

¿Quién va ahí?

ZAHARA

(Con humildad, acercándosele.)

Tu sierva, señor...

HUMEYA

(Tranquilizándose.)

¡Zahara!..

¿Qué te ha impedido marchar
 con las otras? Dí...

ZAHARA

(Con timidez.)

Mi amor,

que se queda a vigilar
 el sueño de su señor.

HUMEYA

(Contemplándola con tristeza y ternura al mismo tiempo.)

Tú siempre me has sido fiel.

ZAHARA

¡Porque el amor me encadena,
 y, en amando, hasta la hiena
 se torna menos cruel!

HUMEYA

(Contemplándola con piedad.)

Mas yo, en pago, he desgarrado
 tu corazón, sin sentir
 que estaba de amor colmado...

ZAHARA

Y ¿quién recuerda el pasado
 si piensa en el porvenir?

HUMEYA

¡Qué mal el alma custodia

su afecto, y qué mal derrama
 el cariño que la inflama!...
 ¡Amamos a quien nos odia
 y odiamos a quien nos ama!
 ¡Y en tanto que el alma, ciega,
 su propio dolor prefiere,
 la muerte en silencio llega
 y por la espalda nos hiere!
 ¡Qué tristes cosas me dices!

ZAHARA

HUMEYA

(Dejando escapar sus recelos.)

¡Quimeras y augurios son
 que en mi regio corazón
 echaron hondas raíces!

(Con misterio, como respondiendo a una idea fija.)

¿Recuerdas lo que me dijo
 aquella pobre mujer
 a quien dieron de comer
 el corazón de su hijo?

ZAHARA

(Queriendo animarlo.)

Sus anatemas olvida...

HUMEYA

¿Quién hace casó a la loca?

¡Pues envenenó mi vida
 la maldición de su boca!

Y en esta noche, Zahara,
 me agito y tiemblo encogido,
 cual si una voz murmurara
 sus palabras a mi oído:

«¡Por tus infames acciones
 será inflexible tu estrella!...

¡Morirás, Aben-Humeya,
 a manos de tus sayones!...»

¡Y algo dice al corazón,
 ya cansado de sufrir,

que pronto se va a cumplir
 tan horrible predicción!

¡Porque hoy mi destino traza,
 en su curso indefinido,
 la estrella que siempre ha sido
 la enemiga de mi raza!...

ZAHARA

(Animándole.)

Vencerás, Aben-Humeya.

HUMEYA

Tan sólo la voz escucha
de tu valor...

(Como agobiado por el peso de la fatalidad de su raza.)

Mas, ¿quién lucha
contra el rigor de su estrella?
¡Es blasfemo desatino
oponerse a su rigor,
que luchar contra el Destino
es luchar contra el Señor!

(Pequeña pausa. Como siguiendo a sus propios pensamientos.)

Viendo mi raza oprimida
bajo los hierros cristianos,
soñé, a costa de mi vida,
libertar a mis hermanos,
sobrepujando la hazaña
de aquellos bravos guerreros
que dominaron a España
con sus triunfantes aceros,
imponiendo en el planeta
a emperadores y a reyes,
con las leyes del Profeta,
el imperio de sus leyes...

¿Qué resta de ese esplendor?
Únos cuantos salteadores
que me llaman su señor,
mientras afilan, traidores,
en las sombras, su puñal;
una corona irrisoria,
de espinas, para mi gloria,
y en vez de cetro real,
miserable caña en mi mano...
¡Sólo me falta tener
también mi cruz, para ser
el Ecce-Homo cristiano...!

ESCENA VI

Dichos y EL PARTAL, que penetra por la derecha.

PARTAL

(Inclinándose, desde la puerta.)

¡Señor, señor!, perdonad

si aquí vengo...

(Aben-Humeya se vuelve, sobresaltado.)

HUMEYA

(Recobrándose.) ¡Te creí
de ronda, Partal!...

PARTAL

(Avanzando.) Aquí
me conduce mi lealtad.

HUMEYA

Y tu lealtad ¿qué desea?

PARTAL

¡Mis gentes han encontrado
desangrandose a un soldado
en la rambla de Alcolea!
Al momento de expirar
dijo que era portador
de una orden tuya, señor...

HUMEYA

¿Y la orden?

(Inquieto.)

PARTAL

Al cruzar
por la rambla, le asaltaron
los traidores, y el papel
de las manos le arrancaron...
¡y la existencia con él!

HUMEYA

¿Y quién pudo haber osado?

PARTAL

Algo debió sospechar
y a decir iba el soldado...

Sólo pudo murmurar,
haciendo un esfuerzo rudo:
—Dile a Aben-Humeya, que
se guarde y defienda de...—

¡Y el nombre decir no pudo!

¡Me miró con ansia loca,
el labio cárdeno abrió
para seguir... y expiró
con la palabra en la boca!

HUMEYA

¿Y no sospechas?

PARTAL

¡Señor,
si de alguien yo sospechara,
ya ante tus ojos sangrara
la cabeza del traidor!

(Zahara, intranquila, luchando entre los más encontrados descos, va y viene al mirador, observa desde él y atiende a las palabras del Partal.)

HUMEYA

¿En dónde tienes tus gentes?

PARTAL

Acampan en el Fondón.

HUMEYA

¿Y son muchos?...

PARTAL

¡Pocos son,
pero son los suficientes!

¡Cada uno de esos buenos
y curtidos veteranos
vale por veinte cristianos
y diez turcos, por lo menos!

HUMEYA

¡Toma diez de los mejores,
y ve a los alrededores
del suceso, a averiguar,
y si das con los traidores
haz un castigo ejemplar!

PARTAL

Además, señor, venía
para decirte que fuera,
en ese patio, te espera
y quiere hablarte un espía.
Llega del campo cristiano
con pliegos de tal valor,
que sólo puede, señor,
entregarlos a tu mano.

HUMEYA

(Inquieto y desconfiado.)
¿Tú le conoces, Partal?

PARTAL

No abrigues, señor, temores...
¡Es el Gorri, el más leal
de todos tus servidores!

HUMEYA

(Al Partal.)
cumple mi mandato, y luego
torna, Partal, a avisarme...

(Al salir por la derecha.)
¿Qué sorpresa irá a brindarme
el destino en ese pliego?...

ESCENA VII

ZAHARA y EL PARTAL.

ZAHARA

(Mirando ansiosamente por el ajimez y ahogando
un grito.)

¡Ya, en la cumbre de aquel monte,
el resplandor de la hoguera
enrojece el horizonte!...

¡Lo salvaré!
(Con energía indomable.)

(Se dirige al Partal, en el momento que éste se
dispone a partir.)

PARTAL

(Deteniéndose.) ¿Qué hay?...

ZAHARA

(En voz baja.) ¡Espera!

¿A tu señor eres fiel?

PARTAL

Me ofendes al preguntar...

ZAHARA

¿Su vida quieres salvar?

PARTAL

¡Mi sangre diera por él!...

¿Mas qué ocurre?

ZAHARA

¿Ves aquella

pira en el monte encendida?...

¡Ella anuncia que la vida

va a perder Aben-Humeya!...

PARTAL

¿Qué dices? (Espantado.)

ZAHARA

Lo que has oído;

¡pues para su perdición

sus puñales han unido

los celos y la traición!...

¡No hay que perder tiempo en vano

si le queremos salvar,

que el peligro está cercano

y está indefenso el lugar!

PARTAL

Mas ¿quién tal crimen fraguó?

ZAHARA

¡Lo más bajo y lo más vil!...

¡La envidia de Aben-Abó

y los celos de Alguacil!

(Empujándole hacia la puerta.)

¡Pronto, pronto, corre, vuela

por entre esos olivares;

hunde en tu potro la espuela

hasta rasgar sus quijares!...

Por tu gente al Fondón vé,

y torna presto...

PARTAL

(Saliendo.) Me voy...

¡Y te juro, por quien soy,

que su vida salvaré!

ESCENA VIII

ZAHARA, viendo desaparecer a El Partal.

ZAHARA

¡Cielos, salvadle!...

(Como acometida de una súbita esperanza.)

¡ Si yo
a confesárselo todo
me atreviese !...

(Cayendo de nuevo en un profundo abatimiento.)

¡ Mas, no hay modo
de confesárselo !... ¡ no !...
que, de mi infamia espantado,
mi aviso despreciaría...

(Tendiendo los brazos al cielo en un arranque des-
esperado de dolor.)

¡ Si el destino despiadado,
en su furor sólo ansía
un corazón donde hundir
su acero cortante y frío...
¡ aquí está, Señor, el mío,
por él dispuesto a morir !

ESCENA IX

Dicha y ABEN-HUMEYA, que entra con un pliego en la mano.

HUMEYA

(Contemplando el pliego.)

¡ Temo leerlo ! Adivino
algún peligro cercano...
¡ Parece que mi destino
está temblando en mi mano !

(Viendo a Zahara.)

Acerca una antorcha, para
poder leerlo, Zahara.

(Zahara entra en el hálami y regresa con una an-
torcha en la mano, que coloca cerca de la puerta,
en el muro; Aben-Humeya le entrega el pliego.)

Rompe el nema del papel
y quien lo firma repara...

(Zahara rompe el nema del pliego y se acerca a
leerlo a la luz de la antorcha. Aben-Humeya la si-
gue ansiosamente con la vista.)

ZAHARA

(Dando un grito inarticulado, como quien se en-
cuentra de pronto una víbora en su camino.)

¡ Cielos !... ¡ De doña Isabel !

(Queda con el pliego en la mano, trémula de ira,
con los ojos fijos en Aben-Humeya, en una explo-
sión de celos.)

HUMEYA

(Al oír el nombre, se acerca ansiosamente, pero des-
pués, viendo la actitud de Zahara, refrena su im-
pacencia, comprendiendo por vez primera todo el
dolor y la angustia de aquella existencia devorada
por los celos, y un sentimiento de piedad florece
súbitamente en su corazón.)

¿ Qué puede importarte a ti ?...

¡ Dame el pliego sin temor,
que aunque viva para mí
ha muerto para mi amor !...

(Zahara se estremece de emoción. Desdobra el
pliego y se lo da a Aben-Humeya para que lo lea.
Leyendo.)

« ¡ Como mi honor y mi vida
salvasteis, señor, hoy quiero
honor y vida salvaros,
y así pagar lo que debo,
que las que son bien nacidas
pagan con creces sus débitos !
Según las revelaciones

que, al convertirse de nuevo
en la Santa Fe de Cristo,
un viejo morisco ha hecho,
esta noche, don Fernando,
vuestra vida corre riesgos,
que Aben-Abóo, vuestro primo,
y los turcos convinieron,
en Mecina, daros muerte
para quitaros el reino... »

¡ Y ojalá que a vuestras manos
esta carta llegue a tiempo !

¡ No esperéis ningún socorro,
porque todo vuestro ejército
causa común con los turcos,
para vuestro mal, ha hecho !...

¡ En Laujar estáis cercado,
y, si no rompéis el cerco,
os cautivarán los míos

o muerte os darán los vuestros !...

Cuando estas líneas leáis,
sin vacilar un momento
al campo cristiano huid...
¡Para que podáis hacerlo,
el perdón del rey Felipe
os mando con este pliego!...

ZAHARA

(No pudiendo resistir más su emoción.)
¡No dudes! ¡Huye de aquí!...
¡Escapa al campo cristiano!...

HUMEYA

¿Tú me lo aconsejas?

ZAHARA

¡Sí!...

HUMEYA

¡Pues me aconsejas en vano!...

ZAHARA

(Insiste.)

¡Huye, señor! ¡Te amenaza
la muerte!...

HUMEYA

¡Jamás huyeron
los varones de mi raza,
que combatiendo cayeron
en su glorioso abandono
contra su suerte menguada,
defendiendo con su espada,
más que su vida, su trono!...

ZAHARA

(Queriéndole arrastrar fuera.)

¡Vendrán a buscarte! ¡Huyamos!...

¡Sé de un oculto camino!...

HUMEYA

(Rechazándola.)

¿A qué?... ¡Por donde vayamos
allí irá nuestro destino!...

(Señalando el pliego.)

¿Ves, Zahara, este papel?

Es el pliego del perdón...

(Lo rasga y arroja los pedazos por el ajimez.)

¡Pues también rompo con él,
Zahara, mi salvación!

ZAHARA

(Sin poder contenerse.)

HUMEYA

¿Qué has hecho, señor, qué has he-

cho? ¡Desafiar a la suerte!...

¡Si quiere herirme la muerte,
tendrá que hacerlo en el pecho!...

(Vacilando de pronto, como si se avergonzase de
dar crédito a la infamia.)

¡No puedo creer que sea

realidad tan vil traición,
aunque dice que lo crea
la voz de mi corazón!

ZAHARA

(Ansiosa por descubrir su secreto.)

¡A tu corazón da fe,
y huye!...

HUMEYA

(Extrañado del tono de certidumbre de Zahara.)

¿Tú lo sabes?

ZAHARA

(Duda un momento. Después se yergue con ener-
gía.)

¡Sí!

HUMEYA

Mas ¿cómo?

ZAHARA

(Espantada de sus palabras y temerosa de su trans-
cendencia.)

¿Cómo? ¡Ay de mí!

(Decidiéndose.)

¡Yo tan solamente sé
que antes que amanezca el día,
si no huyes, morirás!

(Señalando la puerta de la izquierda.)

¡Huyamos, señor!

HUMEYA

¡Jamás,

que huir fuera cobardía!
¡Yo sabré imponer mi ley
a esa chusma amotinada,
y si caigo en la jornada
verán cómo muere un rey!

ZAHARA

(Insistiendo, anhelante.)

¡De tu destino fatal,
huye, señor, en seguida!...

¡Las banderas del Partal
protegerán nuestra huida!

¡Monta presto en tu corcel,
esa sierra atravesemos,
y en la costa embarcaremos
para Tetuán o Argel!...

HUMEYA

¡Si mi corona ambiciona
no ha de triunfar su vileza,
que por salvar la cabeza
no perderé la corona!

(Volviéndose a Zahara, como si una idea repentina
le inquietase.)

Mas, ¿tu afán, cómo llegó
esa infamia a conocer?

ZAHARA (Sin poder reprimir la explosión de su sinceridad.)
¡Cómo no lo he de saber,
si la infamia forjé yo!...

HUMEYA ¿Tú?

ZAHARA (Desbordante de sinceridad.)

El puñal les entregué,
y, en mi celoso despecho,
señalándoles tu pecho,
—¡ Hundidlo en él!— les grité.
¡ Para dar muerte al león
yo les señalé el cubil!...

HUMEYA ¿Capaz tú de tal acción? (Horrorizado.)

ZAHARA No fui yo: ¡ mi corazón!...
¡ Arráncamelo por vil!

HUMEYA (En un ímpetu de fiera.)

¡ Oh, sí, te lo arrancaré
con estas manos, y cuando
las turbas vengan aullando
de furor, les mostraré
tus sanguinantes despojos,
como presa de la fiera...
para que miren sus ojos
la suerte que les espera!

(Se arroja sobre ella. Zahara cae de rodillas luchando desesperadamente, más que por salvar su vida, por salvar la de él.)

¡ No tendré piedad de ti!
¡ Arrástrame del cabello!...

ZAHARA

¡ Ahoga en tus manos mi cuello,
pero huye, señor, de aquí!...

(Se escucha un rumor de voces cercanas. Los dos se quedan inmóviles. Zahara se escapa de las manos de Aben-Humeya y le señala de nuevo la puerta de la izquierda.)

¡ Huye, señor!... ¿ No oyes esa
ronca y sorda gritería?

¡ Es que aúlla la jauría
al olfatear su presa!...

HUMEYA

(Dándose cuenta de su situación, y dirigiéndose al ajimez.)

¡ Mis guardias!

ZAHARA

(Siguiéndole.) ¡ Todos están

en el Fondón acampados,
y antes que tornen, caerán
aquí los amotinados!...

(Mirando desde el ajimez.)

¡ Ya han penetrado en la plaza!...

VOCES

(Fuera.)

¡ Muera Aben-Humeya!... ¡ Muera!

ZAHARA

¡ Ve la suerte que te espera
si consiguen darte caza!...

¡ Huye, señor!...

HUMEYA

(Desafiante.) ¡ No sé huir!...

¡ Cumpla el destino su ley,
que el que vivió como rey,
como rey sabrá morir!...

VOCES

(Más cercanas.)

¡ Muera Aben-Humeya!... ¡ Muera!

(Zahara le indica la puerta de la izquierda.)

HUMEYA

Aquí les esperaré... (Con firmeza.)

ZAHARA

(Como si una esperanza la iluminara de súbito.)

¡ Aunque tu orgullo no quiera,
yo tu vida salvaré!...

(Corre a la puerta de la derecha, y antes que Aben-Humeya tenga tiempo de impedirselo, la cierra.)

¿ Qué has hecho?

HUMEYA

(Con alegría.)

¡ Te salvé al fin!...

ZAHARA

(Empujándole hacia la puerta de la izquierda.)

¡ Yo detendré su furor,
en tanto que tú, señor,

(Empujándole.)

escapas por el jardín!

¡ Huye!...

(Aben-Humeya la rechaza.)

VOCES

(En la puerta de la derecha.)

¡ Que muera el traidor!...

ALGUACIL

(Fuera.)

¡ Echad abajo la puerta!...

(Empujan la puerta. Aben-Humeya se yergue y se dirige a abrir. Zahara se le interpone, abrazándose a sus rodillas. Aben-Humeya se desprende de ella con violencia, arrojándola al pie de un diván.)

HUMEYA

(Abriendo la puerta.)

¡ No es preciso!... ¡ Ya está abierta,
y aquí está vuestro señor!

(Se queda inmóvil delante de la puerta, con los

brazos cruzados, retándoles con el gesto y la mirada.)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, BEN-ALGUACIL, HUEZÍN, ABEN-ABÓO y soldados moriscos y turcos. Penetran con las armas desnudas para acometer a Aben-Humeya.

ALGUACIL ¡ Por fin has venido a dar, traidor, en tus propios lazos!
(Van a acometerle. Zahara se alza y de un salto se interpone, cubriendo con su cuerpo a Aben-Humeya.)

ZAHARA ¡ Atrás!... ¡ Antes de pasar tendréis que hacerme pedazos!

ABÓO ¡ Paso franco, miserable!

ZAHARA ¡ No, no pasaréis de aquí!...

¡ Yo soy de todo culpable!...

¡ Quitadme la vida a mí!...

(Aben-Abóo la empuja violentamente y pasa. Tras él, Alguacil, Huezín y soldados. Aben-Humeya se prepara a defenderse con su espada.)

ABÓO (A los soldados.)

Vigilad toda salida...

ZAHARA (Queriendo interponerse. Todos la rechazan.)

¡ Compadeced su abandono!

ALGUACIL ¡ Arrojámosle del trono y quitémosle la vida!

HUMEYA (Disponiéndose a acuchillarlos.)

¿ Quién quiere mi vida?

ALGUACIL (Arremetiéndole.)

¡ Yo!

HUMEYA ¡ Pues luchando la obtendrás!...

(Mientras lucha con Alguacil y los soldados, Aben-Abóo le hiere por el costado.)

ABÓO ¡ Muere! (Hiriéndole.)

HUMEYA (Próximo a desplomarse.)

¡ Cobardes!...

ZAHARA (Saltando como una fiera y amparando el cuerpo de Aben-Humeya.)

¡ Atrás!

HUMEYA (Cayendo en brazos de Zahara, cerca del diván, con los ojos vueltos a Aben-Abóo.)

¡ A traición, Aben-Abóo, como matas, morirás!...

ZAHARA (Como loca, abrazándose al cuerpo de Aben-Humeya.)

¿ Qué habéis hecho?... ¿ Qué habéis hecho?...

(Se inclina y besa el cadáver. Después se vuelve fieramente a los conjurados.)

¡ Temblad, traidores, temblad, que el puñal que hirió su pecho mató nuestra libertad!

ALGUACIL El tirano ya expiró...

¡ Viva, viva, granadinos, vuestro rey Aben-Abóo!

(Los soldados aclaman y rodean a Aben-Abóo. Alguacil y algunos soldados intentan arrojarle sobre Aben-Humeya.)

ZAHARA (Alzándose amenazadora.)

¡ Atrás!... ¡ Atrás, asesinos!...

¿ Su corona ensangrentada queréis?... ¡ Pues, venid por ella, mas la gloria de Granada murió con Aben-Humeya!...

(Cae sollozando sobre el cadáver, mientras los capitanes ondean sus banderas en torno de Aben-Abóo.)

TELÓN LENTO

FIN DE LA TRAGEDIA